

Invitación al optimismo

El mañana debe verse con esperanza, ya que el destino de Catalunya está en manos de todos los catalanes

JUAN-JOSÉ LÓPEZ BURNIOL*

El hecho de haber llegado a la comprensión de la realidad catalana, es decir, de que Catalunya es una nación --una comunidad con conciencia clara de poseer una personalidad histórica diferenciada y voluntad firme de proyectarla hacia el futuro en forma de autogobierno-- más por la vía de la razón que por la del sentimiento, tiene --como todo en esta vida-- sus ventajas y sus inconvenientes. Una de las ventajas es que permite observar la realidad con cierta mayor distancia. Y, desde esta perspectiva, hay algo que me llama poderosamente la atención en la forma como muchos catalanes contemplan la historia de su país. Me refiero a la perenne sensación de frustración que les hace contemplar el pasado con espíritu de derrota y el futuro con actitud de desconfianza. Frente a esta visión negativa --que creo errónea-- mi percepción es la contraria: la historia de Catalunya constituye un éxito indudable, en la medida en que ha logrado subsistir hasta hoy como nación, pese a las dificultades enormes que ha tenido que superar.

EN EFECTO, téngase en cuenta --de entrada-- que Catalunya es un país pequeño en extensión, con una población reducida y una riqueza natural limitada, situado entre dos de los grandes estados-nación europeos --España y Francia--, que, con luces y sombras así como con alcance y dimensión diversos, han protagonizado algunas etapas de la historia universal. Pues bien, pese a ello y no obstante las reiteradas derrotas que Catalunya ha cosechado en las guerras en las que se ha visto inmersa, lo cierto es que su gente --la entera sociedad catalana-- ha logrado salvar los muebles --su Derecho, su lengua y, sobre todo, su conciencia de ser un pueblo--, gracias a un esfuerzo sostenido con tesón e inteligencia notables durante los últimos tres siglos. Un empeño, en suma, que ha logrado concitar el respeto que despierta siempre la obra bien hecha. Ésta ha sido la fuerza --la fuerza blanda-- de Catalunya. Una fuerza que se asienta en el trabajo intenso, se manifiesta con sólida discreción y culmina

en un prestigio que hasta ahora la ha acompañado y debe preservar con esmero e incrementar con esfuerzo en el futuro.

Hasta tal punto ha sido sólida esta Catalunya, que ha podido integrar --en circunstancias difíciles y con escasos medios-- a las sucesivas oleadas de inmigrantes que, desde hace cien años, han venido para encontrar en ella lo que en sus tierras de origen les era negado: trabajo y un horizonte de futuro para sus hijos. Es lógico que hayan sido los partidos de izquierda --primero el PSUC y más tarde el PSC-- los que hayan protagonizado este esfuerzo de asimilación. Lógico por dos razones: en primer lugar, porque uno de los gérmenes del catalanismo político se halla precisamente en los núcleos progresistas de su época inicial, y, en segundo término, porque sin unir la reivindicación nacional a la reivindicación social, aquélla carecía de futuro y ésta se hacía más difícil.

Tan efectiva ha sido esta integración que, en la actualidad, no resulta posible --de hecho-- hacer en Catalunya una política que pretenda ir más allá de la simple agitación, sin la asunción previa de los postulados básicos del catalanismo político, convertidos así en una especie de mínimo común denominador de casi todas las fuerzas políticas catalanas. Es precisamente desde esta perspectiva desde donde deben ser contemplados los acontecimientos de estos días: el pacto entre los tres partidos catalanes de izquierda y el acceso de **José Montilla** a la primera magistratura del país, la presidencia de la Generalitat. El pacto entre los tres partidos pone de relieve dos hechos: que la política real pasa a bascular, en Catalunya, sobre el eje derecha-izquierda (y no sobre el eje nacionalistas-no nacionalistas) como es habitual en los países de nuestro entorno; y que el rechazo del PSC a la *sociovergencia* --pese a las presiones indudables del PSOE-- constituye una manifestación de independencia que apunta, de hecho, a la existencia de un sistema autónomo de partidos en Catalunya. Todo lo cual es síntoma de la vitalidad y empuje de la realidad catalana, así como prueba de la fuerza normativa de los hechos.

DE AHÍ que carezcan de sentido los lamentos. Un catalán que ame de veras a su país, cualquiera que sean sus nostalgias y cualquiera que sea el futuro que dibujen sus sueños, debe rendirse a la evidencia de que Catalunya disfruta hoy de una posición hasta hace poco inimaginable:

--Tiene un Estatuto que, si bien pendiente de desarrollo, se asienta sobre estos principios: Catalunya es una nación, los poderes de la Generalitat emanan del pueblo de Catalunya, la relación con el Estado se rige por el principio de bilateralidad, el autogobierno se fundamenta también en los derechos históricos, y se reconoce la posición singular de la Generalitat.

--La sociedad catalana no está fracturada sino que, al contrario, goza de tal permeabilidad en todos sus ámbitos, que ha hecho normal a nivel político lo que es normal a nivel de calle --en la vida económica y social--, es decir, ha hecho posible que acceda a su primera magistratura un *altre català*.

--Se ha recuperado la dialéctica política normal entre derecha e izquierda, al tiempo que el sistema de partidos catalán ha logrado --por la vía de los hechos-- un grado de autonomía hasta ahora impensable.

Todo configura un futuro tan complejo como estimulante. Por ello, cualquiera que sea la credibilidad que se le conceda al Gobierno de *entesa*, ha de mirarse el mañana con esperanza, pues --hoy más que nunca en siglos-- el destino de Catalunya está en manos de todos los catalanes. De ahí esta invitación al optimismo. Y al trabajo.

*Notario.

Artículo publicado en El Periódico de Catalunya el 23 de noviembre de 2006